

VII. El venerable Pedro Celense opina que por este río impetuoso ha de entenderse la abundancia de la gracia de la Virgen santísima. Nótese, dice (1), que era necesario que este gran río se dividiese en diversos canales, porque no hay ninguna criatura debajo de la madre de Dios que sea capaz de comprender hasta dónde se extiende la gracia y la caridad del Espíritu Santo. A ella sola en calidad de madre del principio de la gracia se le concedió el privilegio de recibir la plenitud de las gracias del Espíritu Santo y la inmensidad de la misma divinidad. Pero ¿qué dulce pensamiento me sugiere el abad Ruperto á propósito de estas aguas! Estoy seguro que nos dejará en la boca el sabor de la miel y el azúcar. Sostiene (2) que el agua es salada por su propia naturaleza; de donde resulta que tiene inclinación á irse á juntar con el mar; pero que la naturaleza la hace subir de esos abismos al paraíso terrenal, donde es como convertida en leche haciéndose potable y propia para dar la vida á la tierra y á las plantas que esta alimenta; de suerte que á juicio del docto abad no podemos tener una sola gota de agua dulce que no haya pasado por el paraíso para trocar su sabor salado y amargo. O yo me equivoco, ó no puede decirse una cosa que muestre mejor la obligacion en que estamos para con la madre de Dios, verdadero paraíso de dulzura; porque es cierto que todos estaríamos anegados en amargura y tristeza, si no se mitigaran nuestros enojos en su seno maternal y si no se disiparan todos los sinsabores de nuestro corazón en cuanto se los damos á conocer. Pero es tan grande nuestra dicha, que no hay mas que pensar en ella para convertir en miel toda la salumbre del mundo. ¿No debemos de concluir que

(1) De panibus, cap. 42.

(2) L. 2 in Genes., c. 24 et 29.

los que pasan su vida disgustados, merecerian aun mayores amarguras, porque no se dignan siquiera de desahogarlas en el amoroso corazón de Maria, donde se disiparian al punto y se convertirian en dulzura?

§. VII.—Que la Virgen es el templo de Dios.

Las tres partes del templo de Salomon comparadas con la Virgen santísima.

I. ¿No advierte el lector que á medida que voy adelantando, trato de realzar mi pensamiento con emblemas que se acercan mas á la divinidad que los primeros? Porque si bien el paraíso terrenal era una obra acabada de la naturaleza, estaba destinado para todos los usos profanos que el hombre tiene que hacer por su condicion mortal. Pero no sucede así con los templos, que son los palacios de Dios y los salones regios donde da audiencia á los hombres, donde se tratan los negocios de la eternidad y donde sin pecado no pueden emprenderse muchas cosas que en otra parte serian actos de virtud. Sea dicho esto de paso, para que comprendamos que no es pequeño honor de la Virgen santísima el haber sido llamada tan comunmente templo de Dios por los santos padres. Digo tan comunmente, porque ese fué el título que le dieron la mayor parte de ellos. Santiago en su liturgia la llama el templo santificado; S. Epifanio el templo de la divinidad (1); S. Juan Crisóstomo el templo vivo y animado de Dios; S. German de Constantinopla el templo del esposo comun de su santa iglesia (2); S. Cirilo de Alejandria el templo indisoluble (3); Proclo arzobispo de Constantinopla, un templo vivo (4); S. Andrés cretense el mag-

(1) Orat. de S. Deipara.

(3) Homil. 6 contra Nesto-

(2) Orat. de nativitate B. rium.

Virginis.

(4) Orat. de nativit. Domini.

nífico templo de la gloria de Dios (1); S. Pedro Crisólogo el gran templo de la majestad divina (2); san Juan Damasceno el templo santo, admirable y digno de la grandeza de Dios (3); S. Ambrosio el templo de pudor (4); Hesiquio el templo mayor que el cielo (5). Y aunque S. Ildefonso le dió el nombre de templo celestial (6), así por lo que toca á su vida enteramente celestial y divina, como por la consideracion del rey del cielo, cuyo templo es; no obstante tengo por seguro que su intencion así como la de los otros doctores susodichos se dirigia al templo de Salomon, al que reconocian todos por una de las figuras mas ilustres de la virgen Maria. S. Juan Damasceno lo enseña formalmente (7), y santa Brigida trae con extension las semejanzas en una oracion dirigida á la madre de Dios (8). Yo me contentaré con cinco, á saber, las partes de aquel templo sin igual, su magnificencia, su dedicacion, la consagracion del sumo sacerdote y el fin por que fué edificado; y aun esto lo haré tratando ligeramente los cinco capitulos indicados.

II. Respecto del primero me acuerdo de lo que decia Sócrates: que la boca del hombre sabio es un templo, á cuya entrada se ven maravillas de virtud y santidad. A decir verdad estas palabras convienen bien á la madre de Dios, la cual no abrió jamás la boca sino para manifestar los singulares ornamentos de modestia, prudencia, religion, caridad y las otras excelentes virtudes que estaban ocultas en su alma; pero sin detenerme mas en la entrada de este templo, todos los escritores sagrados afirman que se componia de tres partes principales: la primera se

- | | |
|---------------------------------------|-----------------------------|
| (1) Serm. de Annuntiat. | (5) Orat. 2 de S. Deipara. |
| (2) Serm. 149. | (6) Serm. 9 de Assumpt. |
| (3) Lib. 4 de fide orthodox. pág. 45. | (7) Orat. 4 de Nativit. |
| (4) Lib. de institut. Virg. c. 15. | (8) Lib. 3 Revel., cap. 29. |

llamaba el átrio, la segunda la casa, el templo ó el santó, y la tercera el santuario, el oráculo y el santo de los santos. De la misma manera en la reina de los ángeles encontraremos el átrio que llamaban de los gentiles, en donde recibe generalmente bajo su proteccion á todas las naciones de la tierra sin excluir ninguna por bárbara que sea. Veremos el átrio de Israel, donde hospeda al pueblo cristiano y donde sus fieles siervos tienen siempre mejor lugar que los otros. Veremos los átrios de los sacerdotes, donde se ofrecian los sacrificios de la tarde y de la mañana, es decir, su cuerpo y su apetito sensitivo, que tenia siempre refrenados por la excelencia de una continua mortificacion. En cuanto al interior del templo llamado el santo dice S. Antonino de Florencia que á un lado se veia la mesa de oro con los doce panes de proposicion, que era la viva fè que la Virgen tenia de los doce artículos de nuestra creencia; al otro lado estaba el altar de los perfumes, es decir, su sagrado corazon que enviaba de continuo al cielo los actos de adoracion interior y exterior, el candelabro de siete brazos de los siete dones del Espiritu Santo y el velo tejido de cuatro diversos colores, que denota las cuatro virtudes cardinales de que estaba dotada en un grado perfecto. No debemos de detenernos mucho en el santo de los santos, donde solo se permitia entrar al sumo sacerdote y eso una vez tan solamente, porque se ve claro que es el casto seno de la bienaventurada virgen Maria, donde no entró jamás nadie sino solo el sumo sacerdote Jesus al tiempo de su encarnacion.

Magnificencia del templo.

III. De la magnificencia del templo figurativo de Salomon pudiera formarse juicio por lo que dice de sí

el rey David en el capítulo XXII del libro primero del Paralipomenon: que en su pobreza preparó para los gastos de la casa del Señor cien mil talentos de oro y un millon de talentos de plata, que segun nuestro modo de contar corresponderian á trescientos veinte y ocho mil arrobas de oro y tres millones doscientas y ochenta mil arrobas de plata, sin comprender lo que el pueblo ofreció liberalmente por su parte, que montó á setenta y un millones de oro y ochocientos ochenta mil escudos. Este gasto parecerá increíble, si consideramos que se destinaba únicamente para atender á lo que debia de labrarse en oro y plata para uso del templo sin tocar á la construccion y á los materiales de él, ni á los otros metales y piedras preciosas, ni á las telas de púrpura, seda y lino fino y otras infinitas cosas que se hallaban en aquella maravilla del mundo. Pero sin duda cesará la admiracion si nuestro en particular en qué se invirtió aquella suma excesiva de oro y plata; y digo con el historiador Josefo que se contaban hasta ochenta mil tazones para beber vino, diez mil ampollas de oro, veinte mil de plata, ochenta mil platos de oro y doble número de plata, sesenta mil tazas de oro fino y ciento veinte mil de plata, veinte mil asarones ó hines de oro, que eran unas medidas que se usaban en el templo, y doble número de plata; veinte mil incensarios de oro para los perfumes y otros cincuenta mil destinados solo para llevar el fuego de un altar á otro, doscientas mil trompetas de plata y cuarenta mil instrumentos de música labrados todos de oro y plata. No toco á los ornamentos de los sacerdotes y levitas, que eran hasta diez mil albas y sobrepellices de lino fino, otros tantos ceñidores de púrpura é infinitas vestiduras por este estilo. Però no debo de olvidar lo que se refiere en diversos lu-

gares de los libros sagrados (1); á saber, que todo el templo de arriba abajo incluso el pavimento estaba cubierto de planchas de oro y todas clavadas con clavos de oro, cada uno de los cuales pesaba veinte y cinco onzas (2). Algunos escritores dicen que las cabezas de los clavos con que estaban clavadas las planchas de oro de las paredes del templo, eran piedras preciosas, coligiéndolo de que Josefo observa que las paredes y artonados del templo brillaban con infinitas piedras preciosas sembradas por todas partes. Por aqui puede juzgarse cuán cierto es lo que han escrito algunos: que el que por primera vez entraba en el templo de Salomon, quedaba tan sorprendido de su hermosura, esplendor y majestad, que permanecia como extático sin poder contener las lágrimas de gozo que corrian en abundancia al ver una obra tan maravillosa. Y aun no he hablado de las mesas de oro, de los candeleros y especialmente del gran candelero de siete brazos, de las lámparas, despabiladeras, tenazas y otros mil utensilios semejantes, que todos eran de oro fino, y hasta los goznes de las puertas. Será fácil formar algun juicio de todo lo demás por una sola pieza que describe Aristeas, testigo ocular, en el libro de su legacion. Esa pieza es la grande y hermosa mesa de los panes de proposicion, que era de oro macizo, de cuatro dedos largos de grueso, con un borde empedrado de piedras preciosas y una corona al rededor labrada en forma de feston con racimos de uvas, espigas, rosas, granadas, palmas, ramos de manzano y de olivo y toda clase de frutas hechas de rubies, zafiros, esmeraldas y otras piedras preciosas, segun lo requeria el color y diversidad de las frutas. Digo que por aqui se puede for-

(1) III. Reg. VI: II. Para- (2) II. Paralip. III.
lip. III etc.

mar algun juicio de lo demás, porque afirma Aristeas que los vasos sagrados y demás utensilios del templo estaban proporcionalmente enriquecidos de piedras preciosas, para que no faltase nada al ornamento de tan soberbio edificio. Despues de admirar esa obra sin igual ¿qué dirán mis lectores si la llamo un simple rasguño de la madre de Dios y si aseguro que no vale nada toda esa magnificencia en comparacion de la gloria de nuestro templo místico? Sin embargo no haré mas que seguir á S. Bernardino de Sena, el cual explicando estas palabras del salmo VIII: Tu magnificencia se ha levantado sobre los cielos; observa que la virgen María debe de ser llamada singularmente y por excelencia la magnificencia de Dios, porque este recibe mas gloria del ensalzamiento de María que de todas las restantes criaturas, y ella por sus acciones de gracias, sus bendiciones y sus adoraciones continuas le engrandece mas que los ángeles y los hombres. Diré con S. Juan Damasceno en el primer sermón de la natividad de la Virgen: «Calla, Salomon, y no digas mas que no hay nada nuevo debajo del sol. Ve aquí una obra nunca vista en los siglos pasados, una virgen madre que recibió la plenitud de la gracia de Dios, un templo muy diferente del tuyo, como que estaba preparado para el verdadero pacifico y para el que en realidad de verdad es lo que tú no eras mas que en figura. Este templo brilla por todas partes; pero con un oro muy diferente del del tuyo, con todos los dones del Espíritu Santo. En lugar de las piedras preciosas está adornado de la perla inestimable que le fué enviada del cielo. Este es el verdadero carbunco vivo del profeta Isaias: ella nos le presenta para que purifique nuestros labios con su contacto, á fin de que podamos bendecirle con los serafines diciendo: Santo, santo, santo, Señor Dios de los ejércitos, un solo Dios y tres personas: santo es el Padre, que cumplió en la Virgen el misterio

prometido desde el principio del mundo: santo es el fuerte y el hijo del Altísimo, que escogió á una hija única para madre del unigénito de Dios y del primogénito de toda criatura: santo es el inmortal y el glorioso Espíritu Santo, que mediante el rocío de su divinidad te preservó de ser abrasada por el fuego que todo lo consume. ¿Qué es, pregunto, el oro, la plata y las piedras preciosas de la tierra en comparacion de estas riquezas y ornamentos?»

Dedicacion del templo.

IV. Confieso que fué admirable la dedicacion del templo de Salomon, que es la tercera semejanza de las cinco propuestas. El ángel que ocupaba el lugar de Dios, bajó en persona á él en una nube á medida que era llevada el arca de la alianza al sitio preparado, y de Salomon puedo decir que no sabia verdaderamente dónde estaba de alegría y contento: todo el pueblo se hallaba sobrecogido de un santo horror sin saber qué decir, ni que pensar. Admiren los otros cuanto quieran este favor singular; yo por mi dejo de admirarle cuando pongo la vista en la dedicacion de la Virgen, que se hizo luego que bajó del cielo la verdadera arca de la alianza y María fué consagrada madre de Dios. Con efecto ¿qué diferente regocijo al ver (como dice S. Juan Damasceno) (1) que la beatísima Trinidad venia personalmente para santificar á la Virgen y consagrarla como su templo! Nadie explica mejor á mi juicio esta augusta ceremonia que el devoto S. Bernardo (2), aunque alude mas bien á las ceremonias observadas en la dedicacion de nuestras iglesias que á las de los judíos; ve aquí sus mismas palabras. «En la

(1) Orat. 2. de nativ. Virg. ne, cujus initium est Ave.

(2) Sermo de beat. Virg. (1)

consagracion de la santa Virgen como de un templo magnificentísimo el Padre suministró la claridad, el Hijo la humildad, el Espíritu Santo la caridad. El Padre contribuyó con la luz de la razon, el Hijo con la ceniza de la sumision, el Espíritu Santo con el óleo de la dileccion. El Padre trajo el poder, el Hijo la sabiduria, el Espíritu Santo la gracia de todas las virtudes. El Padre le dió la fortaleza para resistir al pecado, el Hijo la humildad para vencer al mundo, el Espíritu Santo la caridad para amar á Dios y al prójimo. El Hijo puso en ella la mortificacion de la carne, el Espíritu Santo la compuncion, el Padre el don de la contemplacion. El Hijo la enseñó á practicar las obras celestiales, el Espíritu Santo á amar á Dios y hacerse agradable á él, el Padre á contemplar las cosas celestiales. El Hijo la instruyó; el Espíritu Santo la hizo aprovechar; el Padre la perfeccionó. El Hijo le confirió la pureza, el Espíritu Santo la paz, el Padre la gloria. No por eso quiero dividir las obras de la santísima Trinidad; mas así como es una en su esencia, así la confieso indivisible en sus actos. » Hasta aquí el devoto y elocuente siervo de la madre de Dios.

Consagracion del sumo sacerdote.

V. ¿Qué diré de la consagracion misteriosa del sumo sacerdote, que era uno de los actos mas santos y augustos que se practicaban en el templo? Esta ceremonia se explica en los capítulos XXIX y XXX del Exodo indicando particularmente las vestiduras que debia de ponerse, y el precioso unguento que servia para consagrarle. Pero ¿quién seria el impío que quisiese poner en paralelo esta ceremonia, con la de la consagracion del sumo sacerdote Jesus cuando vistió la túnica de nuestra humanidad, y como dice S. German de Constantinopla (1), fué he-

(1) Orat. de nativ. B. Virg.

cho rey de los hombres y pontifice juntamente en el templo que habia edificado y en cuyo santuario nunca entró nadie sino él? El profeta David tendria aqui un excelente motivo para decir que en este divino santuario fué unido con el óleo de alegría sobre todos los que hicieron en figura el oficio que él ejerció en realidad. Y yo, si quisiera detenerme, tendria ocasion de descubrir para honra de nuestro templo sacrosanto el acto mas noble y sublime que se ha practicado jamás en el mundo.

Fin del templo.

VI. Pero vale mas dirigirse al fin por que fué edificado el antiguo templo. El Salmista le apuntó en pocas palabras cuando dijo: que todos los que pusieran el pie en este templo, darian honor y gloria á su soberana majestad. En verdad ya contemplemos al sumo sacerdote entrando en el propiciatorio, ya miremos á los otros sacerdotes y levitas ofreciendo los sacrificios ó quemando los aromas, ya consideremos al pueblo solícito para ofrecer sus victimas y derramar su corazon en la presencia de Dios, ya atendamos á los gentiles que concurren de diversas partes para adorar al rey del cielo en el lugar mas augusto del mundo, es claro que todo termina en honra y gloria de Dios, y que así como este fue el primer y principal fin que tuvo el Señor cuando inspiró á Salomon la idea de labrarle un templo, así tambien debe de ser la recta intencion de todos los que entran en él. Me parece que en vano se procuraria indagar el fin por que fué hecho nuestro templo místico, en atencion á que es evidentísimo que fué singularmente edificado para la mayor gloria de Dios, de suerte que no hallo palabras que le convengan mejor que estas del capítulo LIV del Eclesiástico: La obra del Señor está llena de su gloria; porque sus pensamientos, sus palabras, sus obras, sus miradas,

todos los movimientos de su cuerpo y los impulsos de su alma se enderezaban á la gloria de Dios como á su centro, sin torcerse ni ladearse nada. Si quisiéramos engolfarnos en los admirables designios que Dios tuvo sobre ella, tales como hacerla el principal instrumento y la causa en el modo de la encarnacion del Verbo divino y por consiguiente la madre de todos los escogidos; apareceria evidentemente que pretendia por su medio una gloria tan extraordinaria, que no seria posible declararla; mas por cuanto he de tocar inmediatamente esta cuerda, me basta decir que no solo este templo vivo glorificó de mil maneras á su arquitecto, sino que todos cuantos le vean y tengan la dicha de acercarse á él y observar sus bellezas y curiosidades, bendecirán por siempre al artifice y cantarán sus grandezas en todos los siglos.

§. VIII.—Que Maria es la ciudad de Dios.

I. Lo digo despues de muchos padres ilustres de la iglesia y especialmente despues de S. Juan Damasceno y el patriarca S. German, el cual arengando en la iglesia de la virgen Maria edificada por la emperatriz Pulqueria con motivo de la solemnidad principal, que era la adoracion del cingulo de la misma señora, aseguró que la noble ciudad llamada por David la ciudad del Señor de las virtudes no era otra que la madre de Dios. Ve aquí sus palabras: «Por mi parte opino que el profeta ha de entenderse sin disputa de la que es escogida entre las otras y las sobrepuja á todas no por la magnificencia y hermosura de sus palacios, sino por la alteza de sus singulares y divinas virtudes; de aquella que se aventaja á todas en pureza; de aquella donde se hospedó el rey de los reyes y el señor de los señores, es decir, de Maria.» A mi no me queda mas duda que á aquel gran santo; por lo cual atendiendo á que es innegable que la ciudad de que ha-

blaba David en el salmo XLVII, era segun el sentido literal Jerusalem, soy de opinion de seguir paso á paso al profeta y hacer ver que las cuatro excelencias principales atribuidas por él á la reina de las ciudades convienen perfectamente á Maria, que es la ciudad de los reyes y del rey de los reyes.

Primera excelencia. Que Maria es la ciudad de Dios.

II. David pues entona su cántico diciendo: «Grande es el Señor y muy digno de alabanza en la ciudad de nuestro Dios, en su monte santo.» Por donde se ve que el primer honor que da á Jerusalem, es el ser la ciudad del gran Dios; y con efecto tiene razon, porque de ahí se sigue que es la metrópoli del universo, la corte del pueblo escogido, la morada de los principes, el centro del mundo, el paraiso terrenal, la ley de la paz y de la guerra, la hermosa de las hermosas y la ciudad de la perfecta hermosura, como dice Jeremías(1), la fuerte de las fuertes y el lustre y ornamento de todas las ciudades. Yo no tengo que decir aquí mas que lo que senté al principio de este tratado; á saber, que el título de ciudad de Dios, que es el mismo en figura que el de madre de Dios, es tan alto y sublime, que lleva en pos de sí todas las otras grandezas de la Virgen, porque no hay privilegio, ni excelencia, cualquiera que sea, que no se le deba en calidad de madre de tal hijo, y los ilustres nombres de esposa, medianera, protectora, reina y sus semejantes no son, si bien se considera, sino gajes y como consecuencias necesarias del de madre de Dios.

(1) Jerem., Lament. II.